

1.

ENTRE ÁFRICA Y AMÉRICA DEL SUR.

1779 A 1791, APROXIMADAMENTE.

La costumbre de cargar cestos en la cabeza los mantenía erguidos. Y con el pensamiento más cerca del cielo que de los pies.

Era una aldea con pocos habitantes, donde cada uno hacía su parte del trabajo y tenía su lugar en las danzas. Aquellas personas conocían la diferencia entre un fuego sagrado y un fuego familiar donde asar alimentos. Separaban sin dificultad las plantas benéficas de las maliciosas; aceptaban las lluvias y las sequías. Y cuando se tendían a descansar, eran capaces de reconocer cientos de formas en las nubes.

Imaoma era un joven cazador, tan diestro que la aldea entera lo consideraba un elegido de los antepasados.

Atima era una hermosa muchacha, buena en el arte de teñir plumas y coser pieles.

Eran tiempos de cacería.

El día había amanecido con olor a madera. Y el más anciano de la aldea miraba a su alrededor con una sonrisa divertida, como si supiese que algo agradable estaba a punto de suceder.

Imaoma miró a la joven Atima por la mañana. La miró con fijeza y siguió andando.

